CÉSAR MERMET

DESPUÉS DE TODO

Ya nunca llegarás a tiempo.

Después de todo,
el mundo había sido sin ti
todos los días.
Después de todo
las cosas deben perseverar
en lo que fueron.
Transfiguración, después de todo,
es palabra de domingo.
En la semana, traje oscuro,
y palabras amonedadas.
Después de todo
puedo morir sin ti,
tal como moriré
sin recuperar el sabor
del agua del pozo de las golondrinas,
bajo los naranjales de la infancia.
Después de todo
para morir no hace falta
lo que sería necesario quizás para vivir.
Está por anochecer y no viniste,
está por terminarse la vida y no llegaste.

A qué quejarse....

Después de todo
tú eras lo diverso de mi vida,
lo ajeno, lo frutal y lo excéntrico,
exterior a mi sistema,
extranjera en mi órbita.

Dirás que también el agua
es exterior al sediento.
Pero después de todo
la sed es un espejismo,
un vicio y un vértigo del espíritu
sufrido en plena carne.

Y después de todo
quien se muera de sed bien lo merezca.
Y total ya es de noche.
Después de todo,
mientras cantamos se hizo de noche,
y la canción es la luz salvada al día
después de todo.

ESTACIÓN EN EL SUEÑO

Ahora que te miro
acodada en el cuadro
insomne y encendido de tu tren destinado,
ahora que contemplo
desde mi viaje destinado y oscuro
cómo te desplazas, cómo me desplazo,
ahora que presencio, perplejo del corazón
el suave, inexorable desencuentro
de nuestros grandes rostros frontales a la noche,
ahora que esto viendo
cómo despierta el tiempo,
cómo se mueve el aire inmóvil del milagro
sin saber si soy yo o eres tú quien lentamente parte
en paralela, deslizada pérdida y flotante sigilo,
ahora que estoy perdiéndote
-ah despaciosa, prodigiosa desgracia en marcha-
ahora que termina esta estación en el sueño,
este delirio de la vigilia,
estas maniobras numerosas,
estas luces cifradas
que amonestan con guiños rítmicos
a quienes se comportan iluminándose
en un cruce de esquemas
en un equívoco feliz de horarios
entre azar y destino,
ahora que estás todavía al alcance
de la desnuda vara de esta elegía,
escucha, escucha, escúchame
sonámbula, soñada,
despierta, baja, vuelve,
antes que los silbidos estridentes
declaren a lo lejos que el viaje recomienza
con su chirriante coro de doliente obediencia.

Escúchame y despierta,
no prestes fe a la magia gradual del infortunio,
no creas al prestigio del movimiento,
ni a la aceleración inerte de la costumbre.
Ahora comienza el ruido grande, el ruido encadenado,
pero escúchame,
si no fue verdadero este diálogo en el margen
tampoco es cierta la partida,
y toda articulada sucesión es falsa.
Todo es mentira, escucha, todo es mentira
salvo la crédula verdad de nuestros engaños
deslumbrándose quietos en la pausa.
No partas, escúchame, despierta,
despiértame si parto,
no creamos en la aviesa persuasión del infortunio,
aquí probablemente debiéramos haber bajado,
es en esta estación donde amanece,
este desvío solitario fuera de los grandes tramos
donde el suspenso viaje tomó silencio y agua,
es el justo kilómetro del alba,
un paraje de sombra en primavera
salpicada de jilgueros como de rocío,
donde un caballo y una flor de alfalfa
interrumpen los rieles para siempre.
Aquí debiéramos haber bajado.

Escúchame mientras puedas, pasajera,
no creas que son dioses
los pequeños operarios con linternas,
no otorgues potestad al ojo ciego del semáforo,
todas las señalaciones del destino
operan por delegación de nuestros poderes
y por mansa conversión hace tiempo olvidada,
para mayor salud del cielo
y por el plácido sueño de los sometidos.

Y sin embargo, mira
cómo te desplazas, cómo me desplazo,
qué desconcierto de las referencias,
qué vértigo suasorio,
qué inmóvil alejarse,
qué traslación astuta,
qué convicción oblicua
de ir para nunca,
mira cómo se estira al sesgo
la perfecta pausa frontal en que nos contemplábamos.

Ay pasajera insomne,
¿no me dirás al fin
cuál de los dos trenes es el que parte?
¿Quién de los dos dudó,
que puso en marcha al sino?